

55.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

SI YO TE CONTARA

JOSÉ LUIS GIL SOTO

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Emilio Boja Malavé (presidente), Espido Freire, Mercedes de Pablos, Francisco Prior Balibrea, José Vallecillo López, Gervasio Posada, Cristina Rico Cabeza, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes y, actuando como secretario, Fernando Fabiani Romero. La novela *Si yo te contara*, de José Luis Gil Soto, resultó ganadora del 55.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2023

© José Luis Gil Soto, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-865-8

Depósito legal: SE. 1716-2023

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PREÁMBULO. París, 1936	13
1. Los cinco días anteriores a la aparición del cadáver	18
2. Cinco días más tarde	64
3. La clandestinidad	81
4. Noticias desde España	89
5. La misión	94
6. Una pensión en París	103
7. Amberes	118
8. Las puertas del alemán	131
9. La metamorfosis	137
10. La necesidad	140
11. Berlín	156
12. Göring	165
13. Las defensas	176
14. La Wilhelmplatz	189
15. La respuesta de Göring	198
16. La invitación	205
17. El taxi	209
18. La fiesta	212
19. El paseo	222
20. El armador griego	232

21. El herido	235
22. El miedo	240
23. Dos fotografías	243
24. La señora Greiff	251
25. La obsesión de Dardy	259
26. La estación de Amberes	266
27. Los recuerdos	287
28. Toulouse	297
29. Un barco a América	315
30. En el umbral de la muerte	332
31. La revelación	340
32. El último día y la última noche	361
EPÍLOGO. Nota de Elsa Archer	391
Nota biográfica de Elsa Archer	394
NOTA DEL AUTOR	396
NOTA BIBLIOGRÁFICA	398
AGRADECIMIENTOS	399

*A mi primo Manuel Leal Crespo, un
alma que no conoció la maldad, in memoriam.*

*A mi primo José Enrique Pardo Soto,
por la felicidad de la infancia, que perdura.*

A Laura, mi querida Minúscula.

A Rodrigo, nuestro pequeño gran hombre.

La embajada ofrecía un espectáculo indescriptible, convertida en un verdadero Oriente, un auténtico bazar en el que personas de las más diversas nacionalidades y cataduras entraban y salían a todas horas del día y hasta altas horas de la noche, ofreciendo toda clase de armas, municiones y aeroplanos. ¡Cuántas veces tuvimos que padecer la angustia de no saber si una oferta era seria y merecía ser considerada o era simplemente otro vil intento de estafarnos!

PABLO DE AZCÁRATE, embajador de España ante la Sociedad de Naciones, desplazado a París para ayudar en la compra de armas para la República en julio de 1936

PREÁMBULO

PARÍS, 1936

EN EL AMANECER CALUROSO DE UN DÍA DE FINALES DE julio, cuando por las avenidas de París circulaban algunos coches con los faros amarillos aún encendidos, encontraron a un hombre muerto en una callejuela en penumbra. Tenía el rostro desfigurado y no llevaba encima documentación alguna. En el bolsillo interior de su americana, la policía encontró dos folios doblados escritos en español. Uno de ellos era una carta de su mujer, por la que lo identificaron. El otro sirvió para que lo tildaran de traidor.

Lo descubrió un obrero en bicicleta cuando iba camino de su trabajo. Primero le pareció un borracho dormido, y solo al aproximarse lo suficiente para esquivarlo, advirtió con estupor que tenía la cara destrozada. Desmontó precipitadamente y, con el corazón encogido, tuvo la tentación de tocarlo y comprobar si estaba vivo, pero ahuyentó el pensamiento de inmediato al convencerse de que un hombre con el rostro deshecho no podía más que estar muerto. Notó el sudor bajo la gorra y se pasó el dorso de la mano por la frente arrugada antes de gritar la primera voz de auxilio.

La policía no tardó en llegar tras el aviso de un vecino. Para entonces, más de veinte curiosos se agolpaban en torno al cadáver y los agentes tuvieron que desalojarlos para hacer su trabajo con rigor. El obrero se retorció desde hacía rato entre arcadas, a resguardo de un zaguán.

Después de un reconocimiento exhaustivo, lo único interesante que los policías pudieron obtener fueron aquellos dos folios doblados. Al desdoblarlos, el jefe frunció el ceño y, con ellos en la mano, se acercó a uno de sus subordinados y le hizo un gesto para que los leyera. Estaban escritos en español y aquel agente dominaba el idioma.

Cuando el joven los leyó en voz alta, el jefe los relacionó inmediatamente con lo ocurrido en España unos días antes. Una parte del ejército acababa de sublevarse contra el Gobierno del Frente Popular y el fracaso de la sublevación había provocado lo que a todas luces era el inicio de una guerra civil.

Los folios fueron inmediatamente enviados a la embajada española. La sede diplomática del país vecino era un caos en aquellos días como consecuencia del golpe de Estado y se había convertido en el más importante centro internacional de defensa del Gobierno de la República. En sus salones y despachos se trabajaba sin descanso para lograr el apoyo internacional para hacer frente a la sublevación.

Los folios tuvieron que ser enviados al «encargado de la embajada» porque en aquellos momentos no había un embajador a quien dirigirse. El anterior había sido cesado por simpatizar con los sublevados y aún no había llegado su sustituto. Mientras tanto, el Gobierno español había pedido al político socialista Fernando de los Ríos que viajase a París para hacerse cargo de la embajada de forma interina, aunque careciese de rango diplomático. Cuando llegaron los dos pliegos encontrados al fallecido sin rostro, acababa de instalarse en su despacho.

Al leerlos, creyó desfallecer. Uno de aquellos papeles era la relación de armas, absolutamente confidencial, que esa misma tarde él iba a entregar en mano a León Blum, el presidente francés, y que una parte de la prensa francesa había publicado esa misma mañana. El otro era la carta de una mujer a su esposo, que identificaba al traidor como uno de los funcionarios de la propia embajada.

Al cabo de una hora, Fernando de los Ríos convocó a los hombres de mayor rango en torno a la mesa de reuniones que había en la estancia contigua a su despacho. Cuando todos hubieron tomado asiento, sacó una petaca de cuero y ofreció cigarrillos antes de encender uno, darle una calada honda y elevar el humo a los frescos del techo. Luego apretó la mandíbula, desdobló los pliegos de papel y los tiró sobre la mesa.

—Ahí tenéis —dijo visiblemente malhumorado—. Esta embajada es un nido de traidores. La policía me ha hecho llegar estos papeles hallados en el bolsillo de un cadáver que ha aparecido esta misma mañana cerca de aquí. Echadle un vistazo y decidme quién es el responsable.

—¿De la muerte? —preguntó uno de ellos.

De los Ríos miró con gesto serio al funcionario que acaba de hablar. No estaba para bromas y, además, consideraba que ninguno debería estarlo en semejantes circunstancias.

—De la traición —respondió con sequedad.

Los asistentes se miraron unos a otros. Sabían que incluso entre ellos había simpatizantes de los militares sublevados en España y que alguien cercano estaba detrás de algunas filtraciones a la prensa derechista francesa y al corresponsal de *ABC* en París. Desde dentro, se entorpecía el envío de armas para la defensa del Gobierno español.

—¿Qué pone? —preguntó con impaciencia el responsable de negocios de la embajada.

—Es una lista de armas y la carta de una mujer. ¡Pero no es una lista de armas cualquiera! —gritó De los Ríos con indignación—. ¡Léela en voz alta!

—Claro. Esta es la lista de armas: veinte aviones Potez con su tripulación y material necesario, mil fusiles Lebel de ocho milímetros con un millón de cartuchos, cincuenta ametralladoras Hotchkiss con doce millones de cartuchos, ocho cañones Schneider de setenta y cinco milímetros con accesorios y munición...

—¡Exacto! —volvió a gritar De los Ríos—. Es la lista, completamente confidencial hasta esta mañana, que me habían hecho llegar desde Madrid y que voy a entregar en mano al presidente francés. La maldita relación de armas que se ha publicado hoy en los periódicos y que los traidores que tenemos entre nosotros no quieren que compremos. El fallecido la ha filtrado a los medios derechistas, y ahora los partidos franceses contrarios a la ayuda a la República presionarán a Blum para que no nos envíe armas. Y mientras tanto, Alemania e Italia pasando armamento y aviones de forma clandestina para que Mola y los suyos acaben con nuestro Gobierno.

—¿Y quién llevaba encima esos folios?

—Tal vez vosotros lo sepáis. Lee el otro papel, es la carta de una mujer.

Querido Armando:

Me llegaron tus instrucciones para que Elsa y yo saliésemos de España para reunirnos contigo en París, pero lo cierto es que Madrid se ha convertido en un infierno desde lo de Melilla y los enfrentamientos entre falangistas y milicianos son constantes. En el colegio nos han dicho que las maestras abandonemos cuan-

to antes la ciudad porque corremos peligro, así que estoy gestionando mi salida.

Me decías que saliera por el puerto de Gijón con destino a La Rochelle, pero Madrid está dominada por los republicanos y todo el norte, hasta llegar a Asturias, por los militares sublevados. Así que nos recomiendan salir por Alicante hacia Génova o Marsella, y todavía no sé cómo vamos a hacerlo.

Es posible que esta sea la última carta que pueda escribirte hasta que nos veamos en París. La niña está bien y estoy deseando verla completamente a salvo cuando estemos, al fin, contigo.

Tuya siempre, Luz

Era imposible. Se trataba de un funcionario ejemplar. Los asistentes se miraron unos a otros y ninguno parecía dispuesto a repetir el nombre del fallecido. Tímidamente, uno de ellos lo pronunció mientras miraba a un punto indeterminado de la mesa: Armando Salinas.

LOS CINCO DÍAS ANTERIORES A LA APARICIÓN DEL CADÁVER

SI LE HUBIERAN DICHO QUE ALGUNA VEZ EN SU VIDA APLICARÍA el oído a la pared para espiar a un compañero, habría preferido guiar una yunta de mulas por las tierras labrantías de su pueblo natal. Ahora que gozaba de un empleo estimulante y bien pagado, con visos de convertirse en trampolín para toda su carrera posterior, la vida le había dado un vuelco como si la pusieran del revés. A él, y a toda España.

Armando Salinas, secretario de tercera clase de la embajada de España en París, no era de natural nervioso, pero desde la sublevación se lo comían los nervios. Él, que más bien era proclive a la parsimonia y el ensimismamiento, no tenía sosiego. Su mujer, maestra de alemán en un colegio de monjas de Madrid, intentaba salir de España con su hija de cinco años para reunirse con él en París. Sin noticias de ellas desde hacía días, ya no le quedaban uñas que morderse. Ahora, con la puerta del despacho entornada y la luz apagada para que lo creyesen ausente, escuchaba como podía la conversación que su jefe mantenía al otro lado de la pared con Mariano Daranas, corresponsal de *ABC* en París.

—... eres tú quien puede conseguirlo, Mariano —decía Cristóbal del Castillo, encargado de negocios de la embajada—. Medios como *L'Écho*, *L'Action Française* o *Le Jour* comen en tu mano, se fían de ti más que yo de mi madre, coño. Si tú les pasas en secreto información relacionada con el posible apoyo del Gobierno francés al Frente Popular español, se lía. Se lía pero bien, porque se pone en riesgo la estabilidad internacional francesa frente a Alemania e Italia. Esos medios harán todo el jaleo posible para que la opinión pública se amotine y se desgaste al Gobierno de León Blum, que es la clave. Si Blum se echa atrás, no mandará a España ni armas, ni munición, ni tropas para ayudar a la República. Y eso dará alas a Mola y compañía. Hay que presionar para conseguir la no intervención de Francia, Mariano.

Del Castillo acababa de llegar el día antes procedente de Friburgo, donde lo habían intervenido de una hernia complicada. Había regresado en contra del criterio de los médicos, alarmado por la sublevación que había empezado en Melilla y por la situación de inestabilidad de la sede diplomática española.

—Mira, Cristóbal, puedes contar conmigo, pero no me gusta esto. No creo que la embajada sea el sitio adecuado para que nos reunamos, es la última vez que vengo a verte aquí. Deberíamos ser más cautos. Incluso, sería bueno contar con un intermediario, porque si nos relacionan no valdrá de nada la información que yo le pase a los diarios franceses contrarios al Gobierno.

A Armando le costaba seguir el hilo de la conversación, especialmente cuando hablaba Daranas que, seguramente por cautela, bajaba mucho la voz. No sabría decir si era aquella prudencia o la importancia que tenía lo que estaba oyendo, pero su curiosidad se había disparado más allá de los límites conocidos para una persona reservada y poco dada a chismes como él.

—El Gobierno republicano español nos ha hecho llegar una relación de armamento que necesita imperiosamente para que se la hagamos llegar en mano al presidente francés. Es absolutamente confidencial. Tú puedes filtrarla para presionar y yo pondré todas las trabas posibles para que las armas tarden en llegar a España. Si ganamos tiempo, la sublevación triunfará rápidamente. Si no, iremos a una guerra desastrosa.

—¿Estás seguro de que se va a hacer una petición de armas directamente a Blum?

—Coño, totalmente seguro.

—¿Y en qué consiste?

—Aviones, bombas, ametralladoras, munición... mira, aquí tienes la lista, cópiala. Da escalofríos pensar que todo eso pueda llegar a manos de los republicanos.

—Me cago en la leche, Cristóbal —murmuró Daranas mientras leía el listado— ¿crees que Blum va a mandar esto a España? Al margen de que yo pase la información a los diarios que nos son favorables, tenéis que hacer llegar esta relación a la gente de Mola. Pero ya.

Con la respiración contenida, se pegó más a la pared, porque las palabras le llegaban con dificultad. Había sospechado que el encargado de negocios, que además tenía la responsabilidad de firmar los contratos de compra de armas en ausencia de embajador, era proclive a la derecha española, pero no podía imaginar que estuviera conspirando desde dentro para hacer fracasar los intentos de ayuda a Azaña, el presidente de la República. Ahora encontraba una explicación a que hubiese regresado después de su operación, incluso en contra del criterio médico y con la herida aún abierta.

—Estoy en contacto con Quiñones, el antiguo embajador de Alfonso XIII, que es el encargado de transmitir la información desde París, lo que no sé es a quién, porque tan pronto di-

cen que es Mola, como Cabanellas, Kindelán, Queipo, Franco... Ya sabes lo de Sanjurjo, el líder de la rebelión, qué desgracia, ha muerto en Lisboa cuando iba a viajar a España. En fin, lo importante es que están al día de todo lo que ocurre en la embajada gracias a que unos cuantos simpatizamos con esta causa: Barroso, Viturro, Quevedo, Muñoz, Génova... Algunos todavía no se han manifestado, pero estoy seguro de que puedo contar con Javier Meruéndano, Ramón Artero y Armando Salinas.

Armando, estupefacto al oír su nombre, estuvo a punto de lanzar una exclamación. Luego, dominada la sorpresa, se preguntó qué estaba pasando y para qué quería Cristóbal del Castillo contar con él. En aquellos momentos estaba muy lejos de imaginar hasta qué punto aquella alusión iba a complicarle la vida.

Quiso comer en la terraza de La Closerie des Lilas, un lugar frecuentado por intelectuales y militares retirados donde siempre se encontraba a gusto. Los parisinos disfrutaban del buen tiempo y el ambiente en la calle era agradable.

Con las palabras de Cristóbal del Castillo todavía frescas en su cabeza, ocupó una mesa entre un matrimonio mayor —en la solapa del traje de él lucía la cinta roja de la Legión de Honor— y un pintor que captaba en acuarela la luz veraniega sobre la estatua del mariscal Ney. Pidió una gran jarra de cerveza y una ensalada de patatas con aceite de oliva que comió con gusto mientras leía un ejemplar del diario *L'Écho* en cuyas páginas daban cuenta de la sublevación militar en España. El presidente del Gobierno, Casares Quiroga, había dimitido a las diez de la noche del día 18 de julio. Azaña, que presidía la República, nombró en su lugar a Diego Martínez Barrio con el encargo de negociar con los sublevados, pero el general Mola había rechazado la oferta de paz y Barrio había dimitido también. Lo había sucedi-

do José Giral que, ante la imposibilidad de parar a los sublevados, había ordenado que se entregaran armas al pueblo.

L'Écho hacía hincapié en la postura de Francia frente a las peticiones de auxilio que lanzaban los republicanos españoles al flamante Gobierno del Frente Popular francés en manos de León Blum. Armando leyó con atención. Los franceses querían ayudar a Azaña y Giral, pero Inglaterra los amenazaba con dejarlos solos frente a Alemania e Italia si el conflicto de España se extendía a toda Europa. Los ingleses no estaban dispuestos a intervenir y querían que Francia hiciese lo mismo.

Terminó de comer, dejó el diario a un lado y pagó la cuenta.

Con el desasosiego que le había producido la lectura regresó a la embajada para continuar con su trabajo, intensificado de forma alarmante en los últimos días. Al subir al primer piso, donde estaba su despacho, vio que ante la puerta de Cristóbal del Castillo aguardaban dos hombres trajeados y tocados con sombreros caros. Uno de ellos, con aspecto de actor de cine, anotó algo en un pequeño cuaderno con lo que el ojo aficionado de Armando creyó identificar como una estilográfica JiF-Waterman, un nuevo modelo fabricado en Francia por la casa americana que incorporaba cartuchos de cristal. Cuando el encargado de negocios abrió la puerta de su despacho para despedir a alguien y recibir a los recién llegados, advirtió la presencia de Armando. Cruzaron las miradas y Salinas tuvo la certeza de que no iba a pasar de aquella tarde que quisiera hablar con él.

No se equivocaba. No habían pasado quince minutos cuando Cristóbal del Castillo llamó con los nudillos a la puerta de su despacho y entró sin esperar una respuesta. Se dejó caer en una de las sillas de confidente mientras se llevaba una mano al costado.

—Putá herida, la tengo abierta todavía. Menudo cabreo se cogieron los médicos cuando les dije que regresaba a París, me

explicaron que en estas condiciones no podía ir ni al retrete. —Se recompuso y lo miró a los ojos—. ¿Qué te parece como está la embajada? Se ha convertido en una feria.

Armando hizo un gesto de desaprobación. Desde el golpe de Estado en España la sede diplomática había entrado en una espiral de locura y se había transformado, en apenas unos días, en un lugar de referencia para personas de toda índole: intelectuales españoles residentes en Francia, políticos en busca de información de primera mano, voluntarios que ofrecían ayuda desinteresada y negociantes que también la ofrecían, pero a cambio de beneficios. Lo peor era que no había horarios y que se negociaban las ofertas hasta altas horas de la madrugada.

—¿Todo bien, Armando? —inquirió Cristóbal del Castillo.

—Sí... sí. Todo bien. Bueno, preocupado, como todos.

—Ya. Claro. ¿Sabes algo de tu mujer y tu hija?

Armando negó con la cabeza.

—¿Nada?

—Nada. He telefoneado a Madrid, pero Luz ya no está en casa —la voz no le salía del cuerpo—. Supongo que viene de camino, como habíamos convenido. Lo que no sé es por dónde habrá salido finalmente. Si es que ha salido.

—¿Se ha encomendado a alguien?

—No... que yo sepa. Supongo que mi tío Fabián las habrá ayudado, pero él está en el pueblo y no sé si habrá podido... —la preocupación le hacía vacilar mientras hablaba, como si los pensamientos volasen lejos de aquel despacho—. Leo los diarios y el panorama es...

—¿Desalentador?

—Sí..., eso. —Tragó saliva antes de continuar—: ¿Sabes tú algo que los demás no sepamos?

Del Castillo negó sin decir nada, pero al momento pareció arrepentirse.

—Mira, Armando. No puedo mentirte, coño, la situación es muy complicada y ojalá se resuelva pronto. En Toledo parece que la reacción a la sublevación ha sido violenta en algunos pueblos por parte de grupos descontrolados. Y tampoco en Madrid está la cosa tranquila. Por eso es importante que no lleguen armas a los rojos y que los militares tomen el control cuanto antes. Y nosotros podemos ayudar mucho —se apoyó en la mesa con los codos y se echó hacia delante para ganar confidencialidad—. Con un poco de suerte la guerra será corta. Mola, Franco y los demás, incluidos los republicanos Queipo y Cabanellas, echarán al Frente Popular y restablecerán el orden que nuestra patria se merece, y entonces habrá amigos y enemigos, y te aconsejo que tú estés entre los primeros, por tu bien y por el de tu mujer y tu hija.

Armando se removió incómodo. Cristóbal del Castillo estaba a punto de pedirle que él también ayudase en no sabía qué. Lo miró en silencio y comprobó que esperaba una respuesta, alguna palabra que él no estaba dispuesto a pronunciar.

—Me gustaría contar con tu ayuda —continuó Del Castillo—, eres uno de los hombres más válidos de esta casa, de los que necesita nuestra patria, leal, trabajador, inteligente... Poca gente aquí es tan resolutiva como tú.

Armando, sin dar crédito a los halagos, se echó hacia atrás en el sillón y miró a un lado en busca de una respuesta. Incapaz de pensar, comenzó a recitar un poema en su interior: *Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela...* Era un recurso involuntario que acudía en su auxilio cuando los nervios lo hacían divagar y se le enturbiaba el pensamiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Del Castillo mientras señalaba un folio cogido con una chincheta a un tablero que colgaba de la pared, a la espalda de Armando.

—Un acróstico —respondió Armando aliviado por el cambio de rumbo de la conversación.

—¿En serio? ¿Puedo leerlo?

—Claro..., claro.

Cristóbal del Castillo se levantó y rodeó la mesa para tener cerca aquellos versos:

*La espuma del agua agitada
Ungüento para el alma en pena
Zumbido de tu voz callada
Envidia de mi mar serena
Lucha por mi amor, mi amada
Salta hacia la luna llena
Allí no hay agua salada*

—Se supone que tengo que leer la primera letra de cada línea, ¿no? —leyó despacio, en voz alta—: Luzelsa.

—Es un mal poema, una tontería. Luz, Elsa. Mi mujer y mi hija —respondió Armando mientras señalaba dos fotografías enmarcadas que tenía sobre la mesa.

—¡Coño! ¿Cómo se consigue esto? Es increíble...

—En realidad este es sencillo y facilón, no tiene complicación alguna. Los tengo mucho más sofisticados.

—Me parece fuera de mi alcance, no tiene nada de fácil.

Cristóbal del Castillo regresó a su asiento con una sonrisa que se fue borrando, hasta que se le quedó mirando, como si meditase acerca de aquella habilidad de su subordinado.

—Piénsalo bien, Armando. Si quieres ayudarnos, dímelo; pero te advierto que nos estamos jugando, literalmente, la vida. La nuestra y la de nuestras familias. De que tú tomes la decisión acertada dependen la vida de tu mujer y de tu hija —tomó las fotografías en sus manos—. La niña es preciosa, ha salido a su madre, con ese pelo rubio y esos ojos azules. Me dijiste que tu suegra era alemana, ¿no?

—Sí, alemana.

—Son muy guapas, Armando, dos tesoros —Del Castillo se quedó pensativo un instante—. Si tú no lo tienes claro, hazlo al menos por ellas. Echa una mano, porque nadie las va a proteger si todos consideran que estás en el lado contrario.

El bulevar Haussmann cobraba vida con las primeras luces. Los olores matinales escapaban ya de los locales abiertos y se mezclaban con los de la calle recién amanecida. Destacaban el aroma dulzón del bizcocho, el intenso del café y el sugerente del pan recién hecho. Armando, con su pantalón de tela *beige* y su americana azul marino, miró a ambos lados de la avenida antes de echar a andar camino de la embajada. Todavía tenía fresca en la memoria la conversación del día anterior con Cristóbal del Castillo. Ayudar, ¿en qué?

Un tranvía circulaba despacio en dirección al Arco del Triunfo y en uno de sus costados pudo leer la publicidad de una actuación de Edith Piaf. Grupos de obreros con sus gorras, todas iguales, se dirigían a aquella hora como un rebaño hacia la estación del metropolitano de St.-Augustin, y unos cuantos de entre ellos canturreaban una canción en francés. No muy lejos, se escuchaban relinchos de caballo que fueron ahogados por el rugir de un ciclomotor. Antes de cruzar, miró a ambos lados y la luz amarilla y cegadora de unos faros de coche lo hicieron titubear. De algún lugar cercano llegó la sintonía de una cadena de radio.

El coche avanzaba tan lentamente que dos veces estuvo a punto de lanzarse sin esperar a que pasase ante él, pero a la tercera decidió que ya no le daría tiempo. Al tenerlo apenas a diez pasos se fijó en el brillo de la carrocería negra, en los faros cromados tras la calandra, en los cristales que reflejaban los edifi-

cios como si fueran espejos. Podía haber apartado la mirada hacia cualquier otro vehículo de los que pasaban en aquellos momentos, pero aquel automóvil le pareció especialmente bonito. Circulaba con tanta parsimonia que le dio tiempo a recrearse en el diseño curvilíneo de las aletas y en la aerodinámica propia de un avión. Se trataba de un Peugeot que no había visto hasta ese momento, y eso que solía estar al tanto del lanzamiento de los nuevos modelos que sacaban al mercado las marcas francesas y alemanas y, en menor medida, las italianas. Los coches le fascinaban y soñaba con poder tener uno propio. Tanto Luz como él tenían permiso para conducir y algún día serían propietarios de un vehículo como aquel.

Un luminoso se apagó en una fachada cercana y le permitió distinguir mejor a sus ocupantes. Eran dos hombres tocados con sombreros que lucían camisas blancas y chalecos idénticos, como si fueran de uniforme, sincronizados hasta el punto de que lo miraron a la vez en el mismo momento en que el vehículo se detuvo ante él.

Se abrieron las portezuelas delanteras y ambos salieron con la determinación de quien ejecuta un movimiento aprendido de memoria. Cuando los tuvo apenas a un paso tuvo que admitir que se dirigían a él y no pudo evitar una pose de boxeador, como si quisiera defenderse de un ataque inminente.

—Señor Salinas, suba al coche, por favor —dijo el que hacía de copiloto mientras ahuecaba las manos y encendía un cigarrillo—. Hay alguien que quiere hablar con usted.

Los miró con desconcierto y retrocedió instintivamente unos pasos.

—¿Yo... por qué? —Los miró con cara de súplica, como si anticipase una calamidad.

—No se preocupe, no va a pasarle nada. Ya recibirá las necesarias explicaciones, pero ahora suba como si estuviera espe-

rándonos y no llame la atención de los transeúntes, que está usted como si fuésemos a pegarle un tiro aquí mismo.

—¿Quién los manda a buscarme? —preguntó sin disimular la desconfianza.

—No puedo decírselo —dijo el que tenía más cerca, que avanzó para recorrer a distancia que lo separaba de él—. En cualquier caso, son unos amigos, no tiene nada que temer.

Armando Salinas, que jamás había tenido más contratiempos que una amonestación de su novia —ahora era su mujer— porque después de más de cinco años de relación todavía no le había dado un beso, estaba como paralizado ante aquellos dos hombres que parecían gemelos.

—Vamos, por favor, no nos dificulte las cosas. Hay alguien que quiere hablar con usted, pero no puede hacerlo en plena calle, así que tenemos la orden de llevarlo hasta él. Es una persona de prestigio, un caballero, no sé si me entiende, no tiene nada que temer.

Mientras le hablaba llegó a su altura y lo sujetó fuertemente del brazo derecho. Armando intentó zafarse, pero se detuvo cuando vio asomar un cañón de pistola bajo el chaleco. Le flaquearon las piernas y tuvo la sensación de que no lo sostenían.

—No, por favor... esto debe de ser un error, solo soy un hombre humilde que va camino de su trabajo, un padre de familia...

—Vamos, sea razonable y no haga aspavientos. Si le digo que no va a pasarle nada es porque así será. Suba al coche y esté tranquilo, vamos al hotel Meurice, donde se aloja la persona que quiere verle.

—¿Al Me... Meurice? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí, como ve, no corre peligro.

Armando comprendió que no tenía sentido ofrecer resistencia, por lo que al fin se dejó llevar hasta el interior del coche.

Visto desde lejos, se podía afirmar que lo había hecho con voluntad y mansedumbre, aunque lo cierto es que si hubiera tenido arrestos suficientes, una vez en el coche habría abierto la portezuela y se habría lanzado al bulevar.

Circularon hasta Saint-Honoré. Las tiendas estaban ya abiertas, las criadas paseaban a los niños antes de que hiciese más calor, unos obreros descargaban ladrillos junto a un almacén en reforma y decenas de bicicletas se movían como hormigas en ambos sentidos del bulevar. La vida seguía como si nada, y él no dejaba de pensar.

Al pasar por la Madaleine hizo un repaso rápido por varios nombres que se le vinieron al pensamiento, personas que guardaban relación con la embajada de algún modo, pero no acertó a establecer ningún vínculo razonable. El coche giró por la *rue* Rivoli hasta la puerta del Meurice, donde un botones aguardaba la llegada de nuevos huéspedes. Lo hicieron entrar al recibidor y le pidieron que esperase a que lo acompañaran a la *suite* donde habían de recibirlo.

Acomodado en un sillón, rodeado del lujo del Meurice, encendió un cigarrillo para calmar los nervios mientras observaba los movimientos de empleados y clientes. Rebuscó en la memoria alguna debilidad suya, una mala conducta con la que pudieran extorsionarlo, pero no encontró nada. Cuando sus compañeros lo instaban a terminar la fiesta un sábado por la noche en casa Suzy, el prostíbulo más afamado del momento, él se negaba siempre. Tampoco podían achacarle borracheras descontroladas, ni comportamientos indebidos, y nunca se había metido en política.

Estaba siendo objeto de un secuestro en toda regla. Si alguien quería hablar con él no tenía más que hacerlo llamar, no hacía falta mandar a dos tipos con pinta de matones para que lo abordasen al despuntar el día, como si fuera un malhe-

chor. Al responsable de aquel atropello pensaba decirle que era intolerable.

Al cabo de un rato, un hombre de unos cincuenta, en traje de tres piezas, se acercó mientras consultaba su reloj de cadena. Le pidió que lo acompañase y ambos subieron al primer piso, donde dos hombres de guardia les franquearon el paso a una habitación con puerta doble. La curiosidad de Armando iba en aumento en la misma medida en que percibía sus latidos. *Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela...*

Nada más traspasar la puerta de la estancia se encontró de frente con alguien a quien no había visto nunca. O sí. En realidad, lo había visto en pintura.

Lo había visto en pintura, sí. Su retrato ocupaba uno de los lugares destacados de la embajada: José Quiñones de León, antiguo embajador de Alfonso XIII en París.

—Buenos días, Armando. Antes de nada, te ruego que aceptes mis disculpas por la manera de traerte hasta aquí —dijo Quiñones mientras le tendía la mano—. La situación es gravísima, crítica, por lo que en pos del triunfo de nuestra empresa, nos vemos obligados a adoptar maneras alejadas de nuestro habitual proceder. Así que, lo siento de verdad y espero que eso no condicione tu decisión después de lo que te voy a proponer.

Incapaz de responder, Armando movió afirmativamente la cabeza en un gesto que se interpretó como un consentimiento. En un suspiro, se le habían esfumado las ganas de protestar. Estaba ante el mismísimo José Quiñones de León y le costaba creerlo. Se fijó en el antiguo embajador —traje caro a medida, cabello cuidado, reloj de lujo— y calibró los cambios que el tiempo había causado en él desde que le hicieron el retrato que lucía en la embajada. Al comparar aquel óleo con la persona que

tenía delante, pensó que la vida no pasa en balde y que no solo estaba más gordo, sino que había perdido pelo y la redondez de los mofletes abultados casi ocultaban el mostacho que otrora fue rotundo.

—Don... José —dijo al fin, con un tono entre la admiración y la timidez.

—Tutéame, por favor, Armando, aunque te agradezco la consideración que tienes hacia la diferencia de edad que nos separa. Ahora, cuando te diga por qué he pedido que vinieras, comprenderás que la cercanía es lo más conveniente. Toma asiento, por favor.

Quiñones le indicó uno de los sillones de tapicería adamsada que adornaban la inmensa *suite* donde se alojaba —telas estampadas, moqueta roja con motivos mitológicos, pesados cortinajes y lámparas de araña dignas de un salón de baile—. Uno de los hombres que lo acompañaban le ofreció un café y lo aceptó. Mientras daba el primer sorbo recordó que durante la conversación entre Daranas y Del Castillo, este había dicho que estaba en contacto con Quiñones, encargado de transmitir la información entre París y los sublevados.

—Mis informadores de dentro de la embajada me han hablado muy bien de ti: un hombre sencillo, preparado, licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca, hablas con fluidez al menos inglés y francés, además de defenderte en alemán —Quiñones hizo una pausa y extrajo un papel doblado del bolsillo interior de su americana, lo desdobló y leyó algo que tenía anotado—, sí, tu mujer, Luz, es profesora de alemán y has aprendido bastante con ella, ¿no es cierto?

Armando hizo un esfuerzo para centrar su atención. *Con diez cañones por banda...* Se encontraba desubicado y asintió levemente como quien escucha sin comprender, con la mirada tan pronto en el café como en el bigote del antiguo embajador o

en los cortinajes que adornaban la estancia. Y lo del alemán... su mujer, Luz, lo corregía permanentemente porque no era capaz de escribir ni pronunciar correctamente palabras muy sencillas. Pero sí, se defendía.

—Tu familia posee buenas dehesas en Toledo. Tu tío Fabián Valor ha sido alcalde de tu pueblo con Renovación Española. Sin embargo, tu madre... bueno, lo de tu madre podemos arreglarlo. Lo mejor de todo, lo que más destacan de ti, es tu buen juicio, tu prudencia, la lealtad con tus amigos y tu extrema fidelidad a tu esposa. —Quiñones lo miró en silencio durante unos segundos—. No quiero hurgar en tu intimidad, Armando, pero sabemos que has rechazado proposiciones ante las cuales otros hombres habrían caído rendidos.

No pudo evitar que se le notase el asombro. Quien hubiera informado sobre él conocía algunos aspectos de su vida que muy pocos conocían —y mucho menos Del Castillo—, como por ejemplo el rechazo a una diplomática sueca en Francia que se enamoró perdidamente de él, una mujer extraordinaria, físicamente preciosa, inteligente, resuelta y adinerada. Pocos hombres habrían podido decirle que no y él lo hizo al poco de llegar a París y antes de casarse con Luz, cuando romper su compromiso con ella habría sido relativamente fácil. Pero no, él no era presa fácil y amaba a Luz por encima de todo, y Quiñones estaba bien informado porque se lo había dicho alguno de sus compañeros de la embajada.

—Lo único que no sabemos de ti, por más que hemos indagado, es tu afinidad política. Suponemos, por tus antecedentes familiares, que eres un hombre de bien, católico y apostólico, alineado con los postulados de la derecha española y contrario al Frente Popular que nos des gobierna.

Quiñones se quedó callado, mirándolo, a la espera de que confirmase o desmintiese lo que acababa de decir. Pero lo cierto

era que Armando tenía escaso interés por la política y no había votado en las ocasiones en que se habían puesto urnas desde la proclamación de la República. Ocultó una cierta alegría cuando Alcalá Zamora tomó el protagonismo político nacional y simpatizó en cierto modo con hombres como Azaña, pero también le habían gustado algunos discursos que había escuchado casualmente a José Antonio Primo de Rivera. Así que, bien mirado, veía los toros desde la barrera y solía quedarse con lo mejor de cada cual sin tomar verdadero partido por ninguno. Y si lo que Quiñones quería saber era si se inclinaba por el Gobierno frente a los insurgentes que se habían sublevado hacía unos días o, por el contrario, los apoyaba, difícilmente podría sacar de él una respuesta contundente, porque detestaba el desastre en que se había convertido el Frente Popular pero también los pronunciamientos militares que se imponían por la fuerza. Su modelo eran Francia o Inglaterra, países donde la democracia se consolidaba con acierto y la libertad se percibía con una claridad desconocida en España. Su política era su hogar, la convivencia con su mujer y su hija, sus libros, la música clásica y los paseos por el campo.

—Yo... —titubeó antes de seguir—, bueno...

—No hace falta que te justifiques. Creo, después de ver el informe y de tenerte delante, que eres un hombre de bien, y como tal, quiero que te unas a nuestra causa y pases a formar parte de este grupo, cada vez más nutrido, que tiene como misión ayudar desde el exterior al éxito de la empresa que hemos iniciado. España se verá pronto libre de ese monstruo, esa aberración que es el Frente Popular, antimonárquico, laicista, soviético y antipatriótico. ¿Estás dispuesto a ayudarnos?

Armando estaba abrumado. Quiñones de León se había fijado en él porque algún otro compañero de la embajada, seguidor de los insurgentes, lo había creído afín a los ideales derechis-

tas y había pensado que podía unirse a ellos. Pero él no quería mezclarse en cuestiones políticas, no estaba dispuesto a conspirar ni a convertirse en un chivato. Quería sosiego y vivir en paz, ser un buen esposo y padre y dejarse la piel trabajando. Si alguna vez heredaba las tierras de su tío, las arrendaría o vendería, y se dedicaría a hacer buenas obras y a vivir con la satisfacción de poder ayudar a quienes lo necesitaran. Maldita la hora en que se habían fijado en él.

—Yo... —dudó de cómo responder a Quiñones con palabras que no sonasen a insolencia—, siento no ser el hombre que necesita.

Armando sintió las miradas de los asistentes del antiguo embajador clavadas en él. A pesar de que la estancia era confortable, comenzó a sudar. *Con diez cañones por banda...* Agachó la cabeza, ruborizado, y miró al suelo antes de continuar. Tragó saliva y pensó aceleradamente cómo exponer sus argumentos.

—Agradezco... Agradezco sinceramente su ofrecimiento —continuó diciendo con voz frágil—, la deferencia que ha tenido conmigo al traerme aquí y otorgarme el gusto de conocerlo en persona, pues siento sincera admiración por usted. —Hizo otra pausa larga para tragar saliva de nuevo. Tenía la boca seca, pastosa, y tomó un sorbo de café para poder continuar—: Tengo escaso juicio político, y el poco que tengo se inclina hacia la democracia frente al militarismo... si bien... si bien me gustan el orden y la disciplina, y como dice usted soy católico y entre mis ideales está la firme creencia de que hemos venido al mundo a hacer el bien.

Levantó la mirada y comprobó que Quiñones tenía el ceño fruncido y los labios apretados y que, antes de volver a hablar, negaba levemente con la cabeza. Armando sintió aquel silencio como un juicio.